

ELÍAS ZEROLO

Es un sabio, y como sabio todo el mundo lo conoce; pero también es un literato enamorado del arte puro, fanático del estilo y apasionado de la imaginación y la medida. — Con un diletantismo digno de admiración, ha cultivado mil ciencias y mil géneros distintos: la geografía, la erudición, la filología, la literatura, etc.; y como á su constancia tenaz iba unido un talento singular, triunfó siempre, llegando á ser un geógrafo notable, un erudito docto, un gramático distinguido y un literato amenísimo, todo en una pieza.

LA ESCLAVA DE SU PADRE

RELACIÓN

La bahía de Río de Janeiro es de las mayores y más hermosas que existen. Grande hasta el punto de poder dar abrigo á todas las escuadras del mundo, más que bahía parece un mar. Embellece sus márgenes una vigorosa y variada vegetación, como sólo se encuentra en América ó Asia: numerosas islas, semejando esmeraldas colosales, interrumpen aquella extensa superficie, y en multitud de ensenadas, que allí parecen pequeñas y que son como las bocas por donde se alimenta vastísima región del Brasil, se encuentran diques y muelles, añadiendo vida y movimiento al bello panorama.

Para ir á Nitheroy basta cruzar la bahía. Esto se hace en barcas de vapor; y en una de éstas di con mi cuerpo en un día del mes de octubre, hace ya algunos años, buscando aire que refrescara mis pulmones abrasados por la sofocante atmósfera que se respiraba en la imperial ciudad.

Entre los pasajeros de la barca, verdadera exposi-

ción flotante de tipos de todos los países, encontréme al doctor Thussel, un mi amigo desde hacía pocos meses, al que me ligaban, sin embargo, estrechos lazos, como si los hubiera formado amistad por largos años continuada.

Thussel era abogado, hijo de un emigrado francés que casó con una rica heredera del país, y uno de esos liberales que imprimen, sin provocar grandes convulsiones, progresiva marcha al pueblo brasileño. Benévolo con los procedimientos de los partidos conservadores, sólo en la cuestión de la esclavitud no admitía leyes temporizadoras. Para él no existía más que una solución: abolirla inmediatamente. Todo lo que no sea esto, decía Thussel, es infame, es reconocer al hombre el derecho de comprar y vender á sus semejantes.

Él, tan amable y bondadoso, trataba con suma dureza á los que pensaban de distinto modo en este asunto. Parecía como si alguna vez hubiera sentido sobre su cuerpo el chasquido del látigo de un amo.

Hablaba pausadamente y con suma facilidad y galanura, condición muy común entre las personas ilustradas de Rio de Janeiro. Sereno siempre en las discusiones entabladas en los ateneos y sociedades que frecuentaba, transformábase en otro hombre al combatir la esclavitud. Arrugábase entonces su dilatada frente, despedían rayos sus ojos, y, crispadas las manos en acción violenta y nerviosa, hablaba con pasmosa celeridad, con inagotable elocuencia, con lógica de acero, con apasionada energía, de-

jando caer sus ideas generosas como repetidos golpes de martillo sobre la conciencia de sus contrincantes. Quien en aquel momento le viese, no le conocería: tal era el cambio que se operaba en su natural bondadoso y tolerante.

El día á que me refiero no tenía Thussel su habitual tranquila fisonomía. Parecióme que algo trabajaba en el fondo del alma de mi amigo. Le costó un esfuerzo acompañar con una sonrisa su saludo.

Sentéme á su lado y pasado un momento de silencio le pregunté la causa de su disgusto. Por toda contestación se puso en pie, y haciéndome señas de que lo siguiese, me condujo cerca de algunos esclavos que iban á bordo. Estos infelices formaban un apretado grupo, como si quisieran buscar en la cohesión fuerza para resistir los reveses de la suerte, para aquellos desgraciados tan negra como su tez.

Entre ellos se encontraba uno ya entrado en años, que oprímia dulcemente contra su pecho á una joven, mezclando con las de ésta sus lágrimas.

Thussel se detuvo un momento contemplando aquel cuadro tristísimo, y al retirarnos me dijo:

— Son padre é hija. Han sido vendidos á distintos dueños y pronto les separarán. Es inicua la ley que esto permite.

— ¿Conoce usted á ese pobre negro? le pregunté.

— No, me contestó. Al llegar á bordo me enteré de la causa de su llanto... Después de todo, añadió con irónico acento, esto es una legítima consecuencia de tal estado de cosas. El dueño de un objeto puede hacer de él lo que guste. No hay por qué extrañarlo.

Y, sin embargo, añadió cambiando de tono, la sangre ha afluído á mi rostro como queriendo asomarse á ver lo que se hace con seres á los que anima igualmente y cuyos cerebros nutre. Si, la vista de ese padre y de esa hija, me ha producido hondísima pena; y es que me ha recordado un sangriento drama en el que desgraciadamente figuraron como protagonistas miembros de mi familia... Hace años que pasó; pero aún encontrará usted muchas personas que lo recuerden.

Thussel calló un momento, se apretó las sienes con ambas manos como para fijar sus ideas, y continuó:

— Necesito hablar. ¿ Quiere usted oírme? Conviene que todos conozcan tal escena de esclavitud, algo de la cual ha sido llevado ya al teatro. Tenemos tiempo antes de que la barca llegue á Nitheroy.

El doctor comenzó su relato:

La familia de mi madre ha vivido siempre en Rio de Janeiro, menos su hermano mayor que, de carácter un tanto aventurero, abandonó, joven aún, la casa paterna, haciendo largos viajes por el interior del Imperio. No había empresa, por arriesgada que fuera, que no intentase, más por su natural inquieto y amigo de lo extraordinario, que por idea de lucro, que es raro quepa en cerebros juveniles. Fué militar, marino, minero, tratante en ganados y qué sé yo cuántas cosas más, hasta que al fin vino, con los años, la reflexión y, fijando su residencia en Pernambuco, se dedicó al comercio.

Aplicada al trabajo regular su gran actividad y no escasa inteligencia en los negocios, y su conocimiento del país adquirido en los viajes, los resultados tenían que ser satisfactorios. Y así sucedió: la casa de comercio del señor Lima, así se llamaba mi tío, fué á los pocos años una de las más acreditadas y más sólidas de Pernambuco.

Sólo en las Bolsas y en los pueblos mercantiles de América se improvisan fortunas de este modo. Bien es verdad que nuestros pueblos son verdaderas Bolsas, aunque ocupan mayor perímetro que los edificios conocidos con este nombre. Por lo demás, vese en todos la misma vertiginosa actividad, con una sola idea en la mente y un culto en el corazón: la idea del lucro y el culto del becerro de oro. En cambio, suelen venirse al suelo como castillos de naipes, las fortunas que más sólidas parecen.

Envuelto en esta pesada atmósfera de los negocios, pasó mi tío los mejores años de su vida; y cuando casi mediaba ésta, ocurriósele un día mirar al fondo de su conciencia y una arruga apareció en su frente.

Recordó que había un ser en el mundo que podía llamarle padre, y pensó llevarlo á su lado. Hasta entonces había vivido solo.

Este ser era una niña que tenía unos doce años y á la que sólo había visto dos veces: de la última hacía ocho.

Un día se le había presentado una de sus esclavas trayendo en brazos una criatura y le dijo: « Niña tuya, señor ». Mi tío miró la criatura, y encargando

á la esclava se la trajese cuando cumpliese seis años, la mandó á la hacienda de Capivara, una de las más lejanas que poseía.

La negra se fué á la hacienda llevando para el administrador de ella una carta, en la que mi tío, después de hablarle de negocios, le encargaba no ocupase á la esclava en trabajos rudos mientras estuviese criando.

La mujer del administrador tomó bajo su protección á la negra y á su criatura, hizo cristianar á ésta, con el nombre de María, en la iglesia más cercana á la hacienda, y tanto cariño le tomó, que hasta cruzó por su mente la idea de libertarla y adoptarla por hija, ya que en su matrimonio, no había querido Dios, como ella decía, darle sucesión. Su marido no miraba mal estos extremos de su esposa, y, aunque rudo y acostumbrado á no dar más aprecio á un esclavo, que el que podía tener cualquier animal de los que para las faenas había en la finca, pasaba muy buenos ratos recibiendo las caricias de la criatura, que concluyó por llamarlo padre cuando comenzó á balbucear este dulce nombre.

La pobre negra era sensible en extremo, y agradecía, pues era madre, los cariños de que era objeto su hija; pero jamás dejó sospechar siquiera el nombre del padre de la niña.

Tenia ésta unos cuatro años cuando enfermó la esclava; y entonces, temiendo le impidieran la salida de la hacienda, huyó de ella con la niña, y, después de mil penalidades, llegó á Pernambuco, entregándosela á mi tío. La infeliz decía que se iba á mo-

rir, y, efectivamente, murió poco tiempo después.

Mi tío quedó admirado del exacto parecido de las facciones de aquella niña con las de una de sus hermanas, la que más tarde fué mi madre. Parecía que la Providencia había querido darle así la seguridad de que podía llamarla su hija.

Horas después de llegar ésta á su casa, salía en un buque para Río de Janeiro, y aquí la trajo, encargando de su educación á unas excelentes señoras, y sin enterar de nada á su familia.

En Río de Janeiro se encontraba la joven, siendo, por su aplicación é inteligencia, el modelo del colegio donde se hallaba, cuando sucedió aquello de que mi tío mirase á su conciencia y resolviese llamar á su iado á María.

Entonces ocupó en casa de mi tío el lugar que correspondía á una hija. Sólo á partir de aquella época empezó á conocer las atenciones y solicitudes de un padre cariñoso. Éste no cesaba de dar gracias á Dios por haberle concedido aquel ángel de bondad, que había despertado en su alma un mundo de sentimientos hasta entonces dormido.

María era acreedora al cariño de su padre y se hacía apreciar de todo el que la conocía y trataba. Los numerosos esclavos de mi tío tuvieron en ella, como si conociera su propio origen, una protectora decidida, protección que éstos le pagaban bendiciéndola á todas las horas del día. Consiguió de su padre, que se complacía en satisfacer hasta sus menores deseos, que los esclavos dejasen de trabajar una

hora al día y este tiempo lo pasaba entre ellos comunicándoles los rudimentos de la primera enseñanza y nociones de moral. Bien pronto, tal es el poder de una buena instrucción, los esclavos de mi tío se distinguían de los de otros por su amor al trabajo y sus morigeradas costumbres.

El color de María era tan claro que por blanca pasaría en Europa. Ojos grandes y rasgados, velados por largas sedosas pestañas como para disimular modestamente su luz y su belleza; nariz ligeramente arre-mangada; pequeña y graciosa boca que, al reír, dejaba ver delicada hilera de perlas; y ovalado rostro, coronado de abundante cabellera negra que peinaba con gusto sin igual, hacían de María, no una belleza escultural, no el tipo perfecto que concibe el artista. pero sí una mujer hermosa, una de esas bellísimas criollas que son el tormento de la mitad más fea del género humano.

Unida su belleza y prendas morales á la inmensa fortuna de mi tío, de quien todos la tenían como legítima y única hija, fué María bien pronto el mejor partido de Pernambuco, y una nube de pretendientes solicitó su mano. Ninguno obtuvo la menor esperanza en sus pretensiones; pero, era tal su delicadeza y exquisito tacto, que, aun negándoles lo que solicitaban, dejó á todos por amigos y haciéndose lenguas, por donde quiera que iban, de la discreción y talento de María de Lima.

Sólo con uno de los pretendientes dejó de suceder lo dicho: era éste el señor Sousa, uno de los solterones más ricos de Pernambuco, á la par que el hom-

bre más avaro y malo en todos sentidos y el de conciencia más torcida de cuantos han hecho su fortuna comprando y vendiendo esclavos; lo que hace creer que miraba este pretendido enlace como medio de aumentar considerablemente su caudal en una sola operación.

Pero no todos los pretendientes eran como Sousa. Muchos jóvenes, apreciables bajo todos conceptos, fueron desairados, lo que hacía sospechar á las gentes maliciosas que alguien ocupaba ya el corazón de María. Y las gentes maliciosas tenían esta vez razón. María amaba á Luis, uno de los dependientes de mi tío; y Luis amaba á María. Jamás se habían dicho una palabra, pero no era absolutamente necesario: habían hablado los ojos.

No era Sousa hombre á quien se ofendía impunemente. Acostumbrado á que todo se doblegase bajo el peso de su oro, la negativa de María, que creyó inspirada por el desprecio, despertó en él el deseo de vengarse. Con una constancia y habilidad verdaderamente inquisitoriales, averiguó hasta los menores detalles de la vida de mi tío. Nada encontró en ésta de tachable, y el infame se retorció impotente, cuando, hojeando un día las muchas notas en que se encontraba cuidadosamente reseñada la vida del hombre á quien quería hacer daño, echó de ver que allí no se hacía referencia á la madre de María.

Las conjeturas más innobles acudieron á aquella pervertida mente. Entonces comenzó de nuevo las averiguaciones, sin fruto por algún tiempo; hasta que en una ocasión pernoctó, hallándose de via-

hora al día y este tiempo lo pasaba entre ellos comunicándoles los rudimentos de la primera enseñanza y nociones de moral. Bien pronto, tal es el poder de una buena instrucción, los esclavos de mi tío se distinguían de los de otros por su amor al trabajo y sus morigeradas costumbres.

El color de María era tan claro que por blanca pasaría en Europa. Ojos grandes y rasgados, velados por largas sedosas pestañas como para disimular modestamente su luz y su belleza; nariz ligeramente arre-mangada; pequeña y graciosa boca que, al reír, dejaba ver delicada hilera de perlas; y ovalado rostro, coronado de abundante cabellera negra que peinaba con gusto sin igual, hacían de María, no una belleza escultural, no el tipo perfecto que concibe el artista. pero sí una mujer hermosa, una de esas bellísimas criollas que son el tormento de la mitad más fea del género humano.

Unida su belleza y prendas morales á la inmensa fortuna de mi tío, de quien todos la tenían como legítima y única hija, fué María bien pronto el mejor partido de Pernambuco, y una nube de pretendientes solicitó su mano. Ninguno obtuvo la menor esperanza en sus pretensiones; pero, era tal su delicadeza y exquisito tacto, que, aun negándoles lo que solicitaban, dejó á todos por amigos y haciéndose lenguas, por donde quiera que iban, de la discreción y talento de María de Lima.

Sólo con uno de los pretendientes dejó de suceder lo dicho: era éste el señor Sousa, uno de los solterones más ricos de Pernambuco, á la par que el hom-

bre más avaro y malo en todos sentidos y el de conciencia más torcida de cuantos han hecho su fortuna comprando y vendiendo esclavos; lo que hace creer que miraba este pretendido enlace como medio de aumentar considerablemente su caudal en una sola operación.

Pero no todos los pretendientes eran como Sousa. Muchos jóvenes, apreciables bajo todos conceptos, fueron desairados, lo que hacía sospechar á las gentes maliciosas que alguien ocupaba ya el corazón de María. Y las gentes maliciosas tenían esta vez razón. María amaba á Luis, uno de los dependientes de mi tío; y Luis amaba á María. Jamás se habían dicho una palabra, pero no era absolutamente necesario: habían hablado los ojos.

No era Sousa hombre á quien se ofendía impunemente. Acostumbrado á que todo se doblegase bajo el peso de su oro, la negativa de María, que creyó inspirada por el desprecio, despertó en él el deseo de vengarse. Con una constancia y habilidad verdaderamente inquisitoriales, averiguó hasta los menores detalles de la vida de mi tío. Nada encontró en ésta de tachable, y el infame se retorció impotente, cuando, hojeando un día las muchas notas en que se encontraba cuidadosamente reseñada la vida del hombre á quien quería hacer daño, echó de ver que allí no se hacía referencia á la madre de María.

Las conjeturas más innobles acudieron á aquella pervertida mente. Entonces comenzó de nuevo las averiguaciones, sin fruto por algún tiempo; hasta que en una ocasión pernoctó, hallándose de via-

je, en la hacienda de Capivara, que mi tío había vendido (cosa que pocos y en baja voz achacaron, como era en realidad, á atrasos en los negocios). El administrador, el mismo que ya conocemos, era antiguo amigo de Sousa, y le suministró el hilo de aquella enmarañada madeja.

Sucedió que el administrador se lamentó de que el actual dueño de la hacienda no tenía con él las consideraciones del señor Lima, del que hacía los mayores elogios, diciendo que era tal el afecto que le inspiraba que con gusto iría aun entonces á Pernambuco por sólo conocerlo, pues nunca le había visto. Sousa estimulaba estos elogios y procuró que rodara la conversación sobre la vida íntima y juvenil de mi tío, que dijo era el único de sus amigos de quien no conocía ninguna calaverada. El administrador recordó entonces que, en cierta ocasión, sospechó una aventura amorosa, comprendiendo luego que había juzgado mal; « porque de ser cierta, dijo, no se hubiera contentado el señor Lima, tan generoso, con el pequeño bien que hizo ». Contó, pues, á Sousa, con todos los detalles, la llegada de María á la hacienda y su desaparición cuatro años después, sin volver á saber más de ella ni de su madre.

Esto bastó para un espíritu tan sagaz como el de Sousa. Sin dejar sospechar lo que tal noticia le interesaba, despidióse al día siguiente de la hacienda, varió el itinerario de su viaje y, después de larga conversación con el cura de la próxima iglesia, partiéndose á Pernambuco.

Unos quince días después de la llegada á su casa, se encontraba Sousa en su despacho ante un enorme montón de libros y papeles, cuyo examen le ocupaba hacía días. Cualquiera que estuviese cerca de él en aquel momento, le hubiera oído hablar como consigo mismo, expresando gran satisfacción cuando concluía el examen de cada uno de aquellos libros.

Un agente de negocios le interrumpió en su trabajo, comunicándole que en la plaza no se descontaban los valores del señor Lima y que era probable que éste se presentase en quiebra porque había sufrido inesperadamente pérdidas de consideración.

La noticia la recibió Sousa con una sonrisa diabólica, inexplicable para el agente de negocios, que, al salir, le oyó exclamar: ¡ Qué suerte!

La fortuna, que tanto lo había favorecido, cansóse de proteger á mi tío, y considerables pérdidas le pusieron en el caso de suspender sus pagos, convocando inmediatamente á los acreedores para exponer el estado de sus negocios. Creía él que éstos, teniendo en consideración el origen de las pérdidas, no ocasionadas por impericia, y su probidad é inteligencia, aceptarían condiciones que habían de permitirle cubrir sus deudas y restablecer su crédito.

Convocó, pues, á los acreedores y esperó tranquilo el día y la hora de la cita. Á su despacho había hecho llevar los libros comerciales. Unidos éstos á una extensa memoria en la cual se consignaba el estado de sus negocios, causas y pruebas de los quebrantos sufridos, y medios de que disponía para

atender en plazo convencional sus vencimientos, llevarían el estado é indole de los negocios de su casa á conocimiento de los acreedores.

Ya se encontraban todos éstos reunidos en el despacho de mi tío, cuando se presentó Sousa pidiendo le oyese un momento á solas antes de comenzar el acto. Pasaron á una habitación contigua, y allí pidió de nuevo Sousa la mano de María, ofreciendo, si se le concedía, ejercer su influencia con los demás acreedores para obtener un arreglo favorable, y, si el arreglo no se aceptaba, poner su firma á la disposición de mi tío. Éste le contestó recordando la negativa de María. Insistió Sousa, pidiendo hablarla personalmente por si había variado de parecer; pero mi tío se negó también á esta pretensión, temiendo que, enterada María del mal estado de sus negocios, pudiera aceptar una unión que le era odiosa, sacrificándose para dejar en buen lugar el nombre de su padre.

En la reunión de los acreedores no consiguió mi tío que fueran aceptadas sus proposiciones. Parecían inclinarse á ello al comienzo de la misma; pero Sousa, que poseía la mayor parte de las letras protestadas se opuso, y á fuerza de torcer la verdad se hizo apoyar por los demás acreedores, que no podían comprender que Sousa se expusiese á perder algunos *contos de reis* por satisfacer una ruin ganancia.

Momentos después entendían los tribunales en el asunto.

Presentado por mi tío al Juzgado de Comercio el

inventario de sus bienes, Sousa pudo examinarlo, y, viendo que entre los esclavos no figuraba María, denunció el hecho inmediatamente, presentando de él pruebas irrecusables, y acusando al mismo tiempo á mi tío de defraudador, por ocultar bienes que pertenecían á sus acreedores. Hizo más: cometió la infamia de dejar sospechar que Lima sostenía la ficción de hacer pasar á María por su hija, para disimular mejor las ilícitas relaciones que con la misma tenía.

En beneficio de la masa fallida, tomó el Juez sus providencias con la mayor premura y sigilo, á fin de que no pudiera fugarse la esclava; y hallándose mi tío junto á su hija, que trataba de hacerle llevara su desgracia infundiéndole ánimo y alientos para comenzar de nuevo á trabajar, y precisamente cuando aquella había conseguido darle valor y esperanza y sellaba con un cariñoso beso la larga conversación, se presentaron los agentes de la autoridad á notificarle las providencias del Juez y á llevarse á su hija, que ante la ley era solamente esclava de sus acreedores.

Jamás hombre alguno recibió mayor sacudimiento en su conciencia, ni fué castigado más duramente un imperdonable descuido. Llamar hija á María, como tal tenerla á su lado, recibir todos los días de aquel ángel el cariño y alegría que tan feliz le habían hecho en los últimos años, y, sin embargo, olvidarse de que su hija era esclava, y de que no tenía personalidad, es verdaderamente incomprensible. En

hombres sumidos en el vicio y egoísmo más groseros, hechos de tal índole suelen verse; pero fué, repito, incomprensible en persona del carácter y educación de mi tío.

No sé lo que pasaría por él en aquel momento : debió ser algo como si estallase una tempestad en su cerebro y un volcán en su corazón. El golpe era terrible, y como para que se supiera quién le había preparado, se presentó allí Sousa, insultando con su presencia tanta desgracia.

Por mucho tiempo se discutió entre nuestros médicos y fisiólogos el efecto que tal escena debió hacer en mi tío. Sólo un momento se le vió llevar las dos manos al pecho y cerrar los ojos echando hacia atrás la cabeza; pero abriólos de nuevo, y pareció encontrarse en su estado normal, aunque insensible á todo lo que pasaba á su lado. Sólo tuvo un acto de energía : no pudieron separarlo de su hija, y se fué con ella donde estaban custodiados los demás esclavos.

María recibió la fatal noticia con la serenidad de una mártir : levantó los ojos al cielo implorando en rápida mental plegaria el socorro de Dios, y besando la mano de su padre que la miraba con impassibilidad de idiota, echó á andar; viósele derramar lágrimas y flaquear un tanto su entereza y resignación, sólo en el momento en que su padre, uniéndose á ella y pasando el brazo por su cintura, echó también á andar en la dirección indicada por los alguaciles.

Groseros incidentes sucedieron en el encierro de

los esclavos. Todos los días dejábase ver por allí el infame Sousa mintiendo protección á padre é hija, al mismo tiempo que los exponía á las escenas más humillantes... ; Y mi tío no le ahogó entre sus brazos ! Es indudable que se había vuelto idiota ó cosa así.

Pero aquella espantosa agonía debía concluir.

Llegó el día de la venta de los esclavos.

Nada más inicuo ; no existen frases para pintar con toda su cínica realidad ese desafuero á la dignidad humana que se llama una venta de esclavos.

Allí se presenta el comprador ó corredor y somete á detenido y escrupuloso examen al esclavo ó esclavos que pretende comprar. Calcula, con la misma serenidad que el mecánico que estudia el estado de una máquina, la cantidad de fuerza que resta á aquellos miembros y la naturaleza más ó menos robusta del individuo. Si la *mercancía* es femenina, es de ver la desvergüenza con que hace aquel examen, palpando senos, indagando el estado y las condiciones de las que ya han sido madres, y á veces atendiendo, para más infame tráfico, á la belleza y proporción de las formas.

Los esclavos de mi tío, sanos, robustos y relativamente instruidos por la que miraban como ama y hoy se encontraba entre ellos, atrajerón mucha gente al mercado. Quizá también la llevaron allí las desgracias de María.

Ésta y su padre destacábanse del negro grupo é inspiraban profunda simpatía hasta á las embotadas conciencias de los que habían ido á tomar parte en la venta. Más aún : aquella simpatía se extendió

á los demás esclavos, que en ningún parecido act. fueron expuestos á menos vejaciones. Sólo Sousa mostraba la mayor indiferencia y se acercó á María, ¡quién sabe si para poner sobre ella su mano! pero los demás esclavos, como obedeciendo á una consigna, cubrieron con sus cuerpos el de la que aún llamaban ama, dejando oír un rumor que hizo retroceder á Sousa.

Sólo faltaba vender á María. Comenzaron las pujas.

Varios fueron al principio los que ambicionaban la presa, pero bien pronto abandonaron el campo convencidos de que no podían disputársela á Sousa, que al fin se quedaría con aquella esclava. Un nuevo comprador se presentó: era Luis, el que había sido dependiente de mi tío. Comenzaron de nuevo las ofertas, hasta que Luis agotó todos sus recursos, que desgraciadamente eran bien pocos.

La esclava María llegó á un precio desusado y fué adjudicada á Sousa; pero no pudo éste insultar su virginal belleza ni manchar las canas de mi tío. En el mismo momento en que el vendedor oficial pregonaba en alta voz la adjudicación, se precipitó Luis cuchillo en mano sobre ella y se lo clavó en el pecho.

María cayó exánime saltando la sangre de su mortal herida sobre la frente de su padre, ¡del parricida!

— ¡Del parricida! exclamé.

— Sí, del parricida! Mi tío fué la causa de tal hecho. Su hija no debió ser jamás su esclava, dijo

Thussel sacudiendo la cabeza como para echar de ella algo que le pesaba. Permaneció un instante como entregado al terrible recuerdo y añadió con voz sorda. ¡Ah! Vea usted un desenlace que trae á la memoria un trágico hecho de la historia romana: Virginio asesinando á su hija por la misma causa que Luis mató á María. Pero los siglos pasan y las mismas infamias traen los mismos resultados. Si el árbol es idéntico ¿quién extraña que lo sean los frutos?

— ¿Y Luis? pregunté pasado un momento de silencio.

— Luis escapó, huyendo, de la venganza de Sousa y de la justicia; con otro nombre hizo la campaña del Paraguay, siendo uno de los oficiales que más se distinguieron y encontrando la muerte, que buscaba, en uno de los más reñidos combates.

Las últimas palabras de Thussel se confundieron con el ruido de la barca al atracar al muelle de Nitheroy.

(1880.)

FIN.